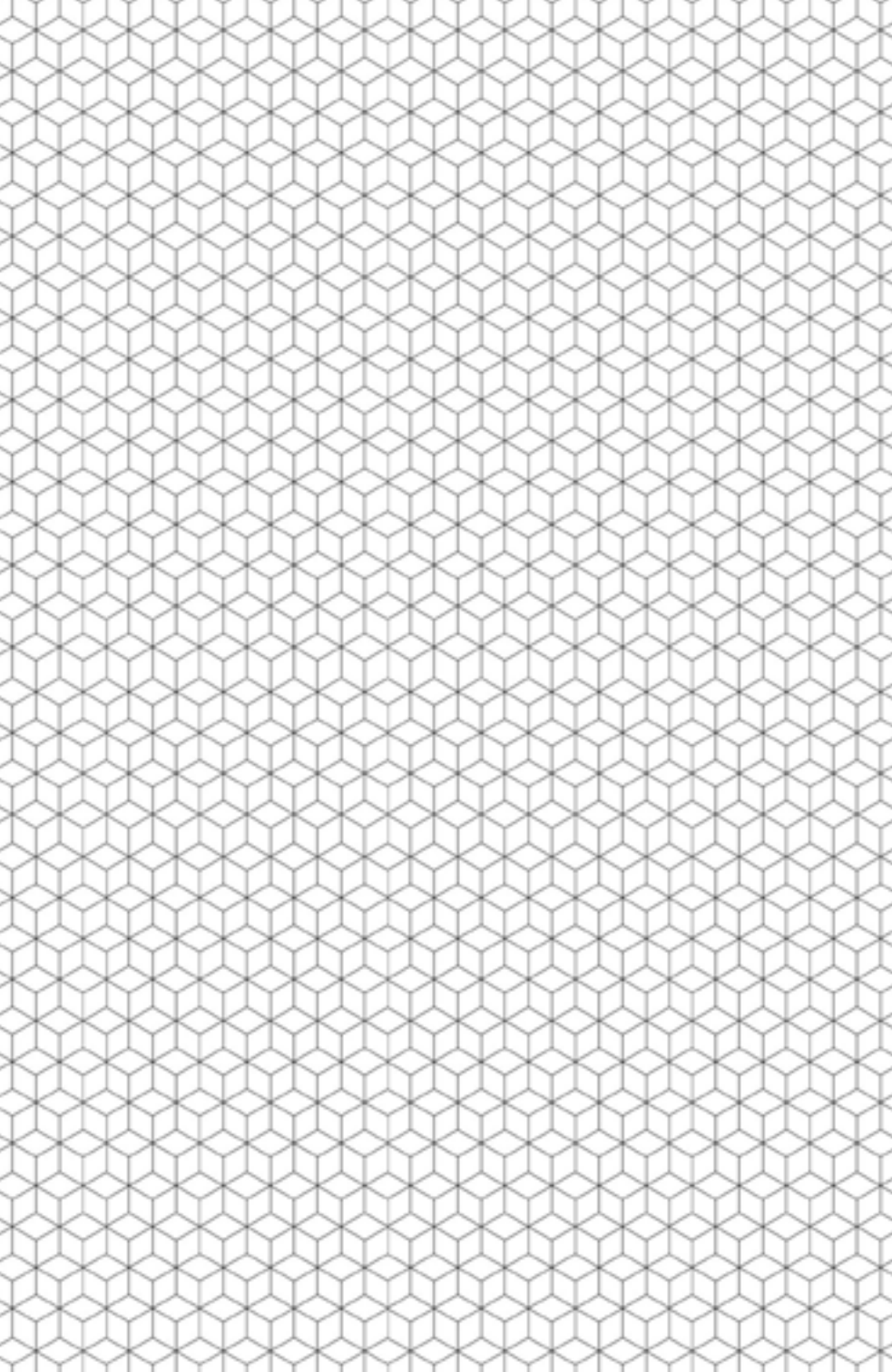


MARTINEZ





Marcel
antes de Proust.
Textos recobrados
de *Le Mensuel*.
Marcel Proust

Proust, Marcel Marcel antes de Proust : textos recobrados de *Le Mensuel* - 1a ed. .
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
EGodot Argentina, 2016. 136 p.
20 x 13 cm. Traducción de: Matías Battistón.
ISBN 978-987-3847-73-8
1. Filosofía Moderna. I. Battistón, Matías, trad. II.
Título. CDD 190

Marcel antes de Proust.
Textos recobrados de *Le Mensuel*.
Marcel Proust

Traducción / Matías Battistón
Corrección / Hernán López Winne
Diseño de tapa e interiores / Víctor Malumián

Ilustración de Marcel Proust
Juan Pablo Martínez
www.martinezilustracion.com.ar
arte.pablomartinez@gmail.com

© Éditions des Busclats, 2012
© Ediciones Godot, 2016

Ediciones Godot ©
Colección Exhumaciones
www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
Buenos Aires, Argentina, 2016
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)
[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Impreso en Color EFE, Paso 192,
Avellaneda, República Argentina,
en Enero de 2016

Marcel antes de Proust

Jérôme Prieur

A Dominique Janvier

CONTENGAN EL ALIENTO. NO se muevan. Estamos a sus espaldas. Desatamos el cordón que André Gide no desató al recibir el manuscrito de *Por el camino de Swann*, empaquetado por Céleste. Abrimos el manuscrito que Gide, según la ficción o leyenda, no habría leído. Demasiado largo, demasiadas frases, demasiadas frases demasiado largas, demasiados detalles, demasiadas partículas nobiliarias, demasiados salones, demasiado todo. Demasiado Proust.

No, Céleste no sigue detrás de la puerta del cuarto revestido de corcho, y Swann no existe, no más que Albertine. Nada existe todavía, ni la tía Léonie, ni Gilberte, ni Saint-Loup, ni Vinteuil, ni los Verdurin, ni los Guermantes, ni Elstir, ni Cottard, ni nadie.

Estamos solos.

Descubrimos a alguien que promete ser un gran escritor.

Descubrimos a Proust. En nuestro interior sabemos que esto no implica demasiado mérito de nuestra parte. Proust nos esperaba desde hace muchísimo tiempo.

Cada nuevo lector, es cierto, inventa a Proust, pero hace falta decir que a través de los años, las épocas, las generaciones, las circunstancias, e incluso los países, las culturas, los años luz, es él el que nos inventa a nosotros, el que nos observa. Después de un siglo, nos hemos ubicado bajo su mirada. ¿Acaso lo había comprendido todo, este diablo de hombre, recostado en su telaraña? ¿Lo había visto todo, registrado todo, descifrado todo? ¿Supo antes que yo eso que ni sé formular sobre el tiempo, el amor, los celos, el sufrimiento, el deseo, la tragedia de cada vida, la comedia humana y su ronda de máscaras? Proust lo había experimentado todo, y hemos tardado tanto en entenderlo nosotros, en creerle...

No hagan ruido, porque entre los arbustos de estas páginas hay pequeñas almas que comienzan a abrir sus alas, figuras que van delineándose en trazos punteados, bocetos todavía difusos, todo un hervidero de formas, de pinceladas ligeras, de notas musicales. Pisadas impresas en la nieve inaugural. Proust antes de Proust. Marcel antes de Proust. Un tal Marcel Proust. Acaba de cumplir diecinueve años, el 10 de julio de 1890, cuando ve aparecer sus primeros textos publicados en una revista, una revista de verdad.

Su colaboración con *Le Mensuel* (de noviembre de 1890 a septiembre de 1891) precede lo que durante mucho tiempo se consideró su debut literario, la publicación en marzo de su primer texto, “Un conte de Noël” [Un cuento de Navidad], en *Le Banquet*.

Sin embargo, Proust no es un principiante. Hace años que sueña con publicar. Quiere ser publicado, lo desea con toda el alma. Se inicia entre 1887 y 1888, con la bandita del liceo Condorcet (él es el mayor del grupo, formado por Daniel Halévy, Jacques Bizet, Robert Dreyfus). Ardor editorial de donde surgirán una docena de fascículos que van a conformar el sumario de revistas de los alumnos del liceo, copiadas a mano o reproducidas con papel carbón, revistas a través de las cuales Proust y sus amigos intentarían tomar por asalto las artes y la literatura. Su ambición era absoluta:

Una publicación que no es ni naturalista, ni idealista, ni decadente, ni incoherente, ni progresista, ni delicuescente, puede parecer extraordinaria. Pero más extraordinario es que haya una publicación naturalista, idealista, decadente, incoherente, progresista y delicuescente. La revista de arte y de literatura, no obstante, es tanto lo uno como lo otro. Sin tomar partido ni hacer distinciones de género, aceptamos todo lo que nos parezca digno de leerse.

Eso anuncia la presentación del primer número de esta serie de revistitas artesanales, *Le*

Lundi, seguida de *La Revue verte* -cuya circulación consistirá en un solo ejemplar- y, más tarde, de *La Revue lilas*¹. “Por medio del análisis, la música, el diálogo, la poesía, queríamos explorar, conocer, expresar”, dirá Daniel Halévy². Es que estos tres jóvenes emprendían una gran aventura, “la posesión del universo”.

A pesar de su talento y su cultura, “mi amorcito de porcelana” -*dixit* Laure Hayman, mote que la pluma de Paul Borget transformaría en “porcelana psicológica”-, nuestro querubín, tiene el don de exasperar. “Era él, con sus ojos grandes de oriental, su gran cuello blanco, su corbata flotante. Algo había ahí que no nos gustaba, y respondíamos con alguna frase brusca, empujándolo un poco [...]. Decididamente, era muy poco varón para nosotros”, agrega Daniel Halévy en sus recuerdos parisinos.

Sus gentilezas de niña frustrada, sus melindres, sus artimañas, sus caricias, la manera asidua en que cortejaba a sus camaradas y sus propuestas endiabladamente insistentes lo hacen intragable, pero cuando uno se lo dice, sus ojos de largas pestañas

1 Ver Marcel Proust. *Écrits de jeunesse (1887-1895)*, textos recopilados, editados, presentados y anotados por Anne Borrel, con la colaboración de Alberto Beretta Anguissola y Florence Callu, Jean-Pierre Halévy, Pierre-Edmond Robert, Marcel Troulay, Michel Bonduelle, Institut Marcel Proust international (Société des Amis de Marcel Proust et des Amis de Combray), 1991.

2 Daniel Halévy, *Pays Parisiens (1932)*, París, Grasset, “Les Cahiers rouges”, 2000.

cobran un aire aún más apenado y triste. En cualquier caso, Marcel no se desanima. Es “pegajoso”, invasivo, pero infaliblemente logra lo que busca.

Y lo peor de todo es que lo sabe muy bien. Sufre como un mártir, pero también lo disfruta³.

El pastiche de autorretrato que bosqueja en una carta a Robert Dreyfus en septiembre de 1888 es atrapante. Le encanta entregarse a la comedia, lo que no le impide ser un espectador ultra lúcido de sí mismo y juzgarse sin la menor piedad. “¿Conoces a X, querida, es decir a M. P.? Te confieso que, por mi parte, me desagrada un poco, con su impulsividad y sus adjetivos. Sobre todo, me parece muy loco o muy falso. Juzguen ustedes. Es lo que yo llamaría un hombre adicto a declararse. Después de ocho días da a entender que siente por uno una amistad considerable, y so pretexto de querer a un camarada como a un padre, lo quiere como a una mujer [...]. Simula estar burlándose de nosotros y nos insinúa que tenemos unos ojos divinos y que nuestros labios lo tientan. Lo molesto, querida, es que al dejar a B, a quien acaba de mimar, se va a adular a D, a quien pronto abandona para postrarse a los pies de E y subirse luego a las rodillas de F. ¿Es una p..., un loco, un fumista, un imbécil? Creo que nunca lo sabremos. De hecho, quizá sea las cuatro cosas a la vez”⁴.

3 Ver Anne Borrel, “La petite société des quatre amis”, en *Proust et ses amis*, bajo la dirección de Jean-Yves Tadié, París, Gallimard, 2010.

4 Marcel Proust, carta a Robert Dreyfus, septiembre de 1888, *Correspondance*, Vol. I (1880-1895), texto editado por Philip

1889. La Torre Eiffel cubre ahora el cielo de París. En otoño, Proust se exilia en Orléans. Lo llaman para hacer el servicio militar. Una suerte de año sabático lejos de sus padres, que no obstante velan por él. El pequeño Marcel puede escribirle a su mamá una vez por día. Ella responde con largas cartas. En diciembre, le recomienda a su neno querido que se imagine que cada mes es una tableta de chocolate; si se olvida de comerse todos los cuadrados, significa que el tiempo habrá pasado más rápido de lo previsto, y con él, el exilio. Pero luego se retracta y añade, como buena madre: “Creo que estoy divagando y que acabo de decir una torpeza, cuyo único resultado sería empeorar tu indigestión”⁵.

Un metro sesenta y ocho, según su libreta militar. El joven fue fotografiado en uniforme, y parece un personaje sacado de alguna comedia de teatro de revista más que un soldado. Al enlistarse por voluntad propia -acto entusiasta y completamente ridículo de su parte- ha encontrado en efecto un modo de escapar a la conscripción obligatoria, la cual, después de votarse la ley Freycinet, tendrá una duración de tres años para todos. En ese momento llegará a su fin la elección por sorteo y el uso de reemplazantes, personas a quienes los hijos de familias más acomodadas podían pagarles para que hicieran por ellos el servicio militar.

Kolb, París, Plon, 1970.

5 *Ibid.*, carta de Jeanne Proust a Marcel, 14 de diciembre de 1890.

Orléans está lejos de la Guinea, de Sudán, de Dahomey. Ahí solo envían a los soldados de oficio, encargados de cumplir el deber civilizatorio que tienen las razas superiores para con las inferiores, como había dicho Jules Ferry en su discurso ante la Cámara de diputados, el 28 de julio de 1885. La caserna provincial es un observatorio de la sociedad francesa. Esta le permite al joven literato mezclarse con los hombres de la tropa tanto como con los aristócratas de las dos noblezas, la antigua y la del Imperio, que forman el cuadro superior. Nuestro voluntario no parece haber brillado por sus servicios, ni descollado por sus hazañas gimnásticas (no logrará aprender a nadar). Proust dista de querer hacer carrera en el ejército, pero los jóvenes oficiales no dejan de fascinarlo. Gracias a los contactos paternales del doctor Adrien Proust, este soldado raso a menudo es su invitado. Incluso llega a cenar con el prefecto. Su teniente, Armand-Pierre de Cholet, miembro del Jockey Club, del Cercle de la Rue Royale y de la Société Hippique, le regala una fotografía suya, con una dedicatoria que dice mucho sobre la travesía infernal del pobre *petit Marcel*: “Al voluntario condicional Marcel Proust, de parte de uno de sus verdugos”⁶.

El soldado Proust se aloja en la ciudad, porque sus crisis de asma incomodan a sus compañeros de habitación. Esto no impide que se aburra enormemente en el 76° Regimiento de Infantería, primer batallón, segunda compañía. En Orléans no

6 Citado por Pierre Clarac y André Ferré, *Album Proust*, París, Gallimard, “Bibliothèque de la Pléiade”, 1965.

pasa nada. El mayor mérito de la caserna Coligny es su cercanía a París, donde Marcel puede regresar cada fin de semana, de franco. Asiste al salón de Madame de Caillavet, en la Avenue Hoche, y acecha a la pareja secreta que forman su amigo Gaston de Caillavet, al que codicia, y su novia Jeanne Pouquet, a la que no se priva de cortejar también en secreto, para el gran descontento de la joven, molesta por ese tontito de Proust, como lo llama ella...

Juego de máscaras, teatralización del deseo, iniciación, la primera gran pena no está ausente del relato de aprendizaje de estos años formativos, pues a principios de enero muere la muy querida abuela de Marcel. La noche anterior, mientras ella agonizaba, él logra juntar fuerzas para escribirle a Anatole France una tarjeta de felicitaciones, donde le confiesa su admiración. A mediados de noviembre de 1890, Proust queda finalmente liberado de sus obligaciones militares. Regresa y se aloja una vez más en el gran departamento de sus padres, muy cerca de la Place de la Madeleine, en el 9 del Boulevard Malesherbes. Al final de su vida, Fernand Gregh (nacido dos años antes que Proust, Gregh fallecería treinta y ocho años después que él) podía volver a ver ese escenario de juventud cuando cerraba los ojos: “Un interior bastante oscuro, lleno de muebles pesados, cubierto de cortinas, atiborrado de tapices, todo en negro y rojo, el departamento típico de la época, que no estaba tan lejos como pensamos del sombrío *bric-à-brac* balzaciano”⁷.

7 Fernand Gregh, *Mon amitié avec Marcel Proust*, París, Grasset, 1958.

Proust se inscribe en la École libre des sciences politiques [Escuela libre de ciencias políticas], y no sorprende que haya elegido la vía diplomática. En el hotel de Mortemart, en el frenético corazón del barrio de Saint-Germain, lo encontramos bajo el influjo de tres maestros de la elite, los dos Albert -Sorel y Vandal- y Anatole Leroy-Beaulieu, que dejaron una gran impresión en su manera de ver el mundo. Solo habían pasado veinte años desde la caída del Segundo Imperio y la derrota de Francia ante Prusia en 1870.

Es entonces que Proust comienza a publicar en *Le Mensuel*. Esta modesta revista hace su aparición en octubre de 1890, dirigida por otro joven, Otto Bouwens Van der Boijin, compañero de Proust en el liceo Condorcet y quizás en la École libre. Otto está ubicado muy cerca del parque Monceau, y también vive con sus padres, en el 45 de la rue de Lisbonne. Su padre, de origen holandés, como su apellido deja en evidencia, es un arquitecto parisino de renombre.

Marcel no tiene más que subir por el Boulevard Malesherbe y doblar en Lisbonne para llegar a la “sede” de la revista: quince minutos a pie separan las dos casas. Sin embargo, después de Marcel Troulay -quien fue el “inventor”, junto con Anne Borrel, de estos escritos de juventud desconocidos durante tanto tiempo⁸-, Jean-Yves Tadié, que ha explorado este período mejor que

8 En *Écrits de jeunesse*, op. cit., pp. 171-203.

nadie⁹, resaltó un hecho capital: hay un secreto que aún perdura.

Otto Bouwens “atraviesa como un meteorito invisible la biografía de Proust hasta el día de hoy”. “¡Extraña desaparición -agrega J.Y. Tadié- la de este personaje con el que Marcel seguramente habrá tenido alguna desavenencia y al que dejó de frecuentar!”. Muy extraña, si pensamos que gracias a él Proust vio sus textos impresos por primera vez en su vida.

Singular ausencia. Extraña desaparición.

El rastro del “barón Otto” se pierde en el terreno parisino. El 3 de enero de 1894, Maurice Leblanc apadrinará su ingreso a la *Société des gens de lettres* [Sociedad de escritores]. ¿Su hermana, antigua compañera e intérprete de Maurice Maeterlinck, habrá tenido algo que ver? El hecho es que *Le Mensuel* consagra varias páginas a *La intrusa* de Maeterlinck en mayo de 1891. En *L'Annuaire des gens de lettres* [Anuario de escritores] de 1894, Bouwens todavía figura como adjunto -no remunerado- de la Biblioteca de Arsenal, en la cual detendrá un cargo temporal en 1905, con el poeta José María de Heredia como jefe. En 1902, Otto Bouwens debía contar con ingresos considerables, porque se lo lista como uno de los generosos donadores que hicieron posible el homenaje al administrador de la Biblioteca Nacional, Léopold Delisle, miembro del Instituto. Gracias a

9 Jean-Yves Tadié, *Marcel Proust*, París, Gallimard, 1996, en particular pp. 208-225.

la edición de 1908 de *Paris-Mondain*, la guía del gran mundo parisino y las colonias extranjeras, sabemos que ahora Bouwens se ha mudado y vive en el 25 de la rue Pierre Charron. También sabemos que después, en 1909 por lo menos, es dueño de un chalet en Deauville, “Bel Abri” [Bello refugio], porque figura entre los abonados al servicio telefónico. En algún momento se habrá casado, además, porque junto a su nombre figura el de una baronesa en la guía telefónica. Pero no se trata solamente de un erudito con dinero, que se interesa en la historia y participa en los trabajos de la Société des études historiques [Sociedad de estudios históricos], en sus comisiones, sus comités. Otto compone música para piano, unas cuarenta piezas con títulos melancólicos: “Air champêtre” [Aire campestre], “Paysage” [Paisaje], “Causerie pour piano” [Conversación para piano], “Les Roseaux” [Las cañas], “Adieu funèbre” [Adiós fúnebre], “Feuillets d’album” [Hojas de un álbum]. Compuso la música de la obra *Carmosine*, de Alfred de Musset, que se representó el 7 de marzo de 1897 en la casa de Alfred Vaudoyer y su esposa, en el 132 de la Avenue de Villiers. Pero no es solamente un romántico: va de aquí para allá, siempre poseído por el demonio del teatro. Una decena de dramas y comedias: *L’Ornière* [El atolladero], *L’Argent et l’honneur* [El dinero y el honor], *Trop riche* [Demasiado rico]... *L’Entrave* [El obstáculo] se anuncia el 13 de agosto de 1904 en *L’Humanité* [La humanidad] de Jean Jaurès, lo que echa algo de luz sobre las inclinaciones

políticas del inclasificable barón. En cambio, será *Le Figaro* el que anuncie, el 13 de marzo de 1913, el súbito fallecimiento de su madre, que había envidado hacía seis años y, alguna vez, había donado a la biblioteca del conservatorio un manuscrito de puño y letra de Johann Sebastian Bach.

Además de su efímera relación con Proust, Otto Bouwens colaboró, entre 1900 y la década de 1920, con un curioso excéntrico, André de Lorde, prolífico autor de culto del Grand Guignol y del teatro del absurdo *avant la lettre*. Digamos que su colega de la Biblioteca de Arsenal se convertiría por las noches en “el maestro del terror”. Más allá de estos fugaces fragmentos biográficos, ¿qué hay para decir? Otto Bouwens Van der Boijin era casi un sosías de Proust. Nacido en 1872, morirá el mismo año que él, en 1922.

El silencio que guarda Proust al respecto de Otto Bouwens nos permite suponer que tal vez las ideas y la literatura no fueron lo único que los había unido. Pelea sentimental o despecho amoroso, rechazo o desprecio, el abismo que se abre entre los dos jóvenes es lo suficientemente vertiginoso como para que nos imaginemos la intensidad de la atracción que podría haberlos unido. A menos que haya habido entre ellos algo más turbio, algo que uno de los dos podría haber considerado como una traición; porque, de lo contrario, ¿cómo se explica que el nombre mismo de Otto Bouwens no figure siquiera en la inmensa correspondencia de Proust, donde, a pesar de las

ilusiones que uno pueda hacerse, al final no se lo menciona ni una sola vez?

Sin embargo, ¿por qué no habríamos de conjeturar que Otto Bouwens quizá se oculte entre las innumerables máscaras que Proust exhibe a lo largo de *En busca del tiempo perdido*? ¿No podríamos llegar aunque sea a descubrirlo bajo algún nombre distinto? ¿Y por qué no buscamos primero en *Le Mensuel*?

Le Mensuel comienza a editarse en octubre de 1890, y saldrá regularmente hasta septiembre de 1891. Antes de indicarle al lector que puede abonarse enviando un giro postal a la redacción (es decir, al domicilio del padre de Otto Bouwens) y encontrar “la publicación” en las librerías de París -a saber, Weil, en el 9 de la rue Havre; Sauvaitre, en el 72 del Boulevard Haussman; Dentu, en el 36 de Avenue de l’Opéra; Souque, en el 132 del Boulevard Malesherbes; Brasseur, en la Galería del Odéon-, en la última página del número 12 se afirma también que con esa edición termina “el primer año” de la revista. Pero esta no aparecerá al mes siguiente. Ni nunca más.

Ahora bien, en ese último número de *Le Mensuel* figuran dos textos de Proust; a diferencia de los demás, se trata de relatos: dos relatos cortos. “Cosas normandas” ofrece al lector un paisaje y una marina, una pintura del mar y del campo al norte de Trouville. El texto ocupa una página y media de la revista, y seguramente evoca alguna estada de Proust en Normandía durante su primer

franco del año anterior y el verano de 1891, que pasó en Cabourg y Trouville. Por primera vez, se imprime el nombre del signatario de estas “Cosas normandas”: Marcel Proust. Proust, que hasta ese momento solo había firmado con sus iniciales o con seudónimos, da por fin su nombre.

Más adelante, a menos de una página de distancia, Proust reaparece bajo un nombre de fantasía, un nombre falso, en otro texto corto. “Pierre de Touche” figura como el autor de esta ficción sobriamente titulada “Recuerdo”. Firma muy maliciosa y título muy modesto para un texto capital. Aquí encontramos un argumento con mucho futuro por delante, el argumento emblemático de una historia de amor imposible, como se representaría más tarde a lo largo de *En busca del tiempo perdido*.

Amor prohibido, amor culpable: aquí ya va gestándose un esquema que desarrollará en 1893 con “Antes de la noche” (*La Revue blanche*) y en 1896 con “El indiferente” (*Los placeres y los días*).

El narrador de “Recuerdo” visita a una joven enferma, que vive en la casa de su familia al borde del mar. Ahora bien, la joven se llama Odette. Vaya, vaya...

En esta casa, donde había vivido “horas profundamente dulces”, “las horas más felices de mi vida”, como él aclara, el narrador es recibido con frialdad por “un muchacho, un joven bastante apuesto [...]”, que “siguió leyendo su periódico, sin dejar ni por un momento de fumar su pipa”. Es el hermano de la chica. Más tarde uno descubrirá

que vive sin prestarles atención a los demás, porque nada puede consolarlo o distraerlo del drama que ha destrozado su espíritu. En cuanto al padre, “su mirada vacilante teñía su expresión de una gran indiferencia”. El narrador (anónimo) se presenta varias veces, en vano. No lo reconoce. “Mi nombre no evocaba en él recuerdo alguno [...]. Nos miramos a los ojos, sin saber muy bien qué decir. Me esforcé en darle pistas, pero fue en vano: me había olvidado por completo. Yo era un extraño para él”.

La incomodidad del momento no podría ser mayor. Lo que Freud va a teorizar dentro de poco bajo el término *Umheimlich*, mal traducido por el concepto de “inquietante extrañeza”, encuentra aquí su versión intimista. El amigo de la familia es un intruso, un cuerpo extraño. Las mismas personas que antes le eran tan cercanas ya no logran descifrar quién es.

Salvado gracias a la intervención de la hermana menor de la heroína, al narrador se lo deja ingresar, *in extremis*, al jardín encantado. Uno diría que es un lienzo de Vuillard: verano, la casa con torres, como un castillito, la muchacha que descansa en una *chaise longue*, cubierta por un manto escocés... Pero en ese momento se produce otro giro brusco, otra desilusión no menos cruel. Odette -sí, se llama Odette- no sabe cómo agradecerle a su visitante por no haberla olvidado durante todos esos años. “Está bien que lo diga, ¿no? Ya que fuimos tan buenos amigos”. Es ella la que está casi irreconocible, condenada a no moverse desde su “terrible enfermedad”. “No la habría

reconocido, por así decirlo, de lo cambiada que estaba. Sus rasgos se habían alargado, y sus ojos, rodeados de círculos oscuros, parecían perforar su lívido rostro. De su belleza, que tan deslumbrante había sido, ya no quedaban ni rastros”. ¿Lo que Proust describe es una enferma o un espectro?

Mientras habla, “el color cadavérico de su tez” se esfuma. Empieza a embellecer, al punto que el narrador siente ganas de estrecharla entre sus brazos y decirle que la había amado. Pero no sucede nada. No hay gestos ni palabras. Los dos “buenos amigos” se convierten en dos extraños, a pesar de lo que saben uno del otro, a pesar de lo que han atravesado, a pesar de los sentimientos y de la pena.

“Vivo de sentimientos y de dolores”, murmura Odette. No es una declaración menor.

Luego el narrador debe retirarse. “Las lágrimas me sofocaban”, dice. “Recorrí ese largo vestíbulo, ese jardín delicioso, con alamedas cuya grava, lamentablemente, nunca volvería a crujir bajo mis pies”: estas son casi las últimas palabras del relato. Suenan a despedida.

Abandonamos la casa de los fantasmas, para nunca regresar. ¿Pero cuál es ese “recuerdo”, ese dulce recuerdo, ese recuerdo encantador que vincula a los dos protagonistas y a pesar del cual nunca volverán a verse?

¿Será una pista que Odette le haya recordado al narrador sus partidos de tenis? ¿Quiénes juegan en este extraño partido? Los papeles cambian, se revierten. “Mi hermano sufrió mucho por

una mujer que lo engañó de un modo espantoso”, confiesa Odette. ¿Quiés es quién en esta historia? ¿Quién engañó a quién? ¿Quién hace el papel de qué? Ante el narrador habría, bajo varios y sucesivos disfraces, un mismo y único personaje, que se desdobra según los diferentes tipos de dolor y sentimiento: ¿ausente e indiferente como el padre, espantosamente herido como el hermano, muerto en vida como la mujer recostada? Sin olvidarnos de la niña de voz aflautada, la hermanita, la mensajera de la felicidad...

¿Odette será la primera aparición de un nombre en código? ¿Qué deuda representa ella? Y esta escena, que gira en torno a la memoria, ¿es una pantalla, una figura escondida en el tapiz, el último recuerdo de aquel que va a desaparecer de la vida de Proust como de la vida de la revista, la tumba de Otto? Después de este, no habrá ningún número más de *Le Mensuel*.

¿“O” de “Otto”? ¿“O” de “Odette”? Si bien Edgar Poe no suele considerarse una de las referencias mayores de Proust -quien, sin embargo, leyó mucho *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* en su infancia-, este último relato de *Le Mensuel*, ¿no será una suerte de retrato oval donde se oculta Otto Bouwens? Es imposible no percibir el tono elegíaco de las *Historias extraordinarias* de Poe en este “Recuerdo” que termina con el flujo y reflujo del océano y el trayecto del Sol en el firmamento: ciclo del tiempo, ciclo perpetuo, que esboza un joven escritor de veinte años.

El nombre de Otto, empero, sí aparece una vez durante *En busca del tiempo perdido*. Gran decepción: es el del fotógrafo mundano que ejerce sus talentos en París durante los últimos años del siglo XIX. Su estudio estaba instalado en el 4 de Place de la Madeleine, justo antes de la intersección con el Boulevard Malesherbes, donde vivían los Proust. Marcel fue en varias ocasiones. Se conocen al menos dos retratos tomados alrededor de 1895, y una foto grupal en la que este aparece más o menos entrelazado a sus amigos, Robert de Flers y Léon Daudet, foto que los hace tentarse de risa en repetidas ocasiones mientras posan...

Esta referencia a Otto -toda una excepción- figura en *La prisionera*, en el momento de la muerte de Swann. Es a propósito de Odette. El profesor Brichot, mostrando de súbito una arbitraria pasión por la etimología y la onomástica, recuerda que:

Nuestro espíritu es el viejo Proteo: no puede permanecer esclavo de ninguna forma [...], como las fotografías “retocadas” que Odette había encargado al fotógrafo Otto, en las que estaba vestida de princesa y ondulada por Lenthéric, no le gustaban a Swann tanto como una pequeña “foto de álbum” hecha en Niza en la que Odette, con una capelina de paño, el pelo mal peinado saliendo de un sombrero de paja bordado de pensamientos con un lazo de terciopelo negro, elegante con veinte años menos, parecía una criada de veinte años más (pues las mujeres

parecen más viejas cuanto más antiguas son las fotografías)¹⁰.

¿Acaso Proust desliza este “Recuerdo” en *Le Mensuel* como un regalo de ruptura, por pura provocación, para restregárselo en la cara a su amigo? ¿Será esta una de las primeras “fotos retocadas” de un joven dios llamado Marcel Proust?

Este breve relato, como habíamos dicho, está firmado por “Pierre de Touche”. *Touche*, toque, tocar, retocar... Esta constelación, tarareada en voz baja, nos deja pensativos. La expresión *pierre de touche* [piedra de toque] solo aparece dos veces a lo largo de *En busca del tiempo perdido*. El narrador le pide a Saint-Loup que lo ponga en contacto con su tía, Oriane de Guermantes. Él finalmente consiente. “Un amigo tonto habría discutido”, dice Saint-Loup, para probar su buena voluntad. El narrador de *El mundo de Guermantes* observa:

Eso era justamente lo que acababa de hacer él; pero tal vez quisiera yo cazarlo por el lado del amor propio: quizá, también, fuese sincero, pareciéndome que la única piedra de toque del mérito era la utilidad de que podía serme la gente con respecto a la única cosa que apareciese como importante, y que era mi amor¹¹.

10 Proust, M., *La prisionera*, trad. de Consuelo Berges, Madrid, Alianza, 1998.

11 Proust, M., *El mundo de Guermantes*, trad. de Pedro Salinas y J. M. Quiroga Plà, Madrid, Alianza, 1999, p. 126.

El narrador, para verificar la solidez de esta piedra de toque, aumenta de inmediato su demanda de amor, “sea por duplicidad, o por un exceso verdadero de ternura”, producido por el reconocimiento, el interés o simplemente el parecido entre Oriane y su sobrino Saint-Loup:

-Pero tenemos que volver al lado de los demás: y aún no le he pedido a usted más que una de las dos cosas, la menos importante; la otra lo es más para mí, pero temo que me la niegue usted: ¿le molestaría que nos tuteásemos?

-¡Molestarme! ¡Por Dios! ¡Alegría! ¡Lágrimas de alegría! ¡Felicidad insólita!¹².

Sin embargo, todo se echa a perder. El narrador, que pide como prueba de amor una foto de Oriane a Saint-Loup, comprende que este último apenas está simulando, que le serviría a su amor “solo a medias” y “bajo la reserva de ciertos principios de moralidad”, y llega a la conclusión de que lo aborrece por ello.

El narrador siente que la amabilidad de Saint-Loup es falsa, que está entretejida de todo lo que él debía decir o pensar a sus espaldas, y de lo que más tarde debía reírse delante de sus amigos. Lo que le duele al narrador, lo que lo “toca”, como dice él expresamente, es ese cambio de actitud de Saint-Loup con respecto a él, ese doble lenguaje. “En nuestros

12 *Ibíd.*, p. 127.

coloquios íntimos sospechaba yo, desde luego, el placer que encontraba él en charlar conmigo, pero ese placer seguía siendo casi siempre inexpresado”¹³.

Placer que no se expresa, placer supuesto, placer imaginado, placer decepcionado...

Hay otra instancia en la que se usa el término “piedra de toque” durante *En busca del tiempo perdido*; el fenómeno es lo suficientemente raro como para ser tomado en cuenta. Casi un hápax, entonces, que figura en *Sodoma y Gomorra*.

Para matar al personaje, o por lo menos aniquilar su reputación, Madame Verdurin comenta que a Swann uno lo agota muy rápidamente.

[...] sin hablar siquiera del carácter del hombre, que me pareció siempre fundamentalmente antipático, socarrón y solapado; vino a cenar a menudo los miércoles. Y bueno, puede usted preguntárselo a los demás, aun al lado de Brichot, que está lejos de ser un águila, que solo es un buen profesor de segunda que yo misma hice ingresar al Instituto, sin embargo, Swann ya no era nada. Muy opaco”. Y como yo emitía una opinión contraria: “Así es. No quiero decirle nada en su contra, ya que era amigo suyo; por otra parte, lo quería mucho, me habló de usted de una manera deliciosa, pero pregúnteles a estos si alguna vez dijo algo interesante durante nuestras comidas. Sin embargo, es la piedra de toque [...]”¹⁴.

13 *Ibíd.*

14 Proust, M., *Sodoma y Gomorra*, trad. de Consuelo Berges, Madrid, Alianza, 1998, pp. 452-3.

Nuestra avidez nos empuja a leer en este episodio, como si fuera un palimpsesto, el nombre de Otto Bouwens en lugar del de Swann. Quién sabe si no habremos sido, sin saberlo, a pesar de todas las negaciones habituales del narrador, los testigos de un asesinato sistemático.

Si bien uno sigue ignorando cómo era realmente el primer editor de Proust, sus artículos nos muestran a un hombre de mente ecléctica, con curiosidad por las artes y el teatro de su época, y, antes que nada, a un observador atento de la actualidad política e internacional, lo que diferencia su revista de *Le Banquet*, que la sucedería, pero también de *La Revue blanche* o *Le Mercure de France*, que durante esos mismos años son sus rivales o modelos.

De incógnito, Otto Bouwens se dirige “al lector” a comienzos del primer número. Resumiendo en unas pocas palabras el objetivo de *Le Mensuel*, Otto les pide a sus amables lectores que sean indulgentes. Todo lo hace de un modo encantador, en puntas de pie. Pedir indulgencia no es solo una precaución de estilo, es también el acto con el que Otto hace su primera aparición en escena, y la escena literaria siempre es intimidante, siempre está llena de peligros. Asimismo, “la Redacción” agradece afectuosamente a los primeros abonados por su interés en este emprendimiento “tal vez demasiado temerario”, murmura el anfitrión, rogándoles que les pidan a sus amigos que sigan su ejemplo. Y con qué elegancia dice estas

cosas... Al igual que la gran neutralidad del título de la revista, la modestia del proyecto no deja de parecer un poco demasiado enfática como para ser cierta: “Nuestra publicación no es, en suma, más que un simple resumen mensual, un resumen, por supuesto, muy sumario”.

“Publicación”, “resumen”, “sumario”: esta revista, que tiene entre 10 y 16 páginas y cuya tirada debía ser de pocos ejemplares (se conocen dos colecciones completas de los doce números editados) tiene la ambición intelectual de seguir la actualidad de cerca. Es necesario recurrir a esta expresión, aunque quizá suene algo anacrónica, pues en efecto el ritmo de publicación mensual de la revista no parece ser un inconveniente para dar cuenta de lo que *acaba* de pasar, como si todos los retrasos de impresión ya hubieran sido superados, como si no fueran un obstáculo para la aprehensión casi instantánea o por lo menos casi inmediata de la actualidad, como si el tiempo debiera tomarse por asalto y de improviso. Otto Bouwens hace entrar la velocidad (el “resumen”, la inmediatez, la ubicuidad) en el seno de su proyecto editorial.

El término “publicación” para describir este pequeño emprendimiento, entonces, no es una mera coquetería. Más que a la prensa, esta busca del tiempo presente nos recuerda, de un modo extraño, a la fotografía. *Le Mensuel* no tiene a ningún Félix Valloton, quien, durante seis años, ilustró con sus grabados en madera *Le Cri de Paris*, revista dirigida por Alexandre Natanson (de 1897 a 1902). En la de Otto Bouwens nunca hay ninguna ilustración,

ninguna imagen, sino una suerte de voluntad de contemplar el mundo (la vida parisina e internacional), de estar en el centro de todo... de todo lo que les importa a estos jóvenes burgueses, que quieren encontrar un lugar propio donde ubicarse frente a sus mayores, las escuelas, las instituciones, con una mezcla de respeto y buena educación, de impaciencia y audacia. El “reportaje” al cual *Le Mensuel* nos hace asistir instala, de esta manera, al lector ante el espectáculo del año 1890-1891. De ahí surge no solo la diversidad de puntos de vista que permite y que promueve la revista, la multiplicidad de objetos de curiosidad que tanto debe haberle gustado al joven Proust -quien, gracias a su asiduidad, se convertiría en un colaborador clave de *Le Mensuel*-, sino también la multiplicidad de estilos y firmas que esta publicación autorizaba. De ahí surge, entonces, la ilusión de velocidad.

Uno se imagina el tiempo que se habrá necesitado para fabricar la revistita, incluso si el papel era un recurso que abundaba en la época. Para la composición, los tipógrafos, que trabajaban a mano, tenían que emplear una hora y media por página. Una vez revisada la primera prueba de galera, se enviaba un juego al cliente, que se lo reenviaba a la imprenta lo antes posible. Después de haber agregado las correcciones de los autores, la segunda prueba se enviaba de nuevo a París para obtener la orden de impresión, antes de una última lectura, “la tercera”, que llevaba la garantía del jefe de la imprenta: así de encarnizada era la búsqueda de aquellos insidiosos errores tipográficos.

La impresión del texto se realizaba luego con una máquina de cilindros operada por dos obreros, el marginador y el receptor: se efectuaba solamente un tiraje corto, recto y verso; el reverso solía transparentarse en el anverso de cada página de *Le Mensuel*. Luego faltaba el acabado; el plegado se realizaba en el lugar o directamente en lo de Bouwens, para ahorrar gastos.

En total, había que calcular de ocho a diez días de fabricación, tomando en cuenta que el viaje en tren desde la estación de Austerlitz hasta Villefranche-de-Rouergue, donde estaba instalada la imprenta Bardoux, duraba aproximadamente doce horas¹⁵.

Hay una anomalía que sorprende a partir del primer número, y que se repetirá a lo largo de toda la serie. ¿Cómo puede ser, por ejemplo, que la edición de octubre de 1890 aluda al casamiento de la hija de Alexandre Dumas, celebrado el 9 de octubre...? Y más aún, que se mencionen las nupcias de la hija del embajador de Rusia en París con el vizconde de Sèze, capitán de infantería, que se celebraron... ¡el 28 de octubre! No hace falta verificar la cronología de los acontecimientos internacionales que ocupan el lugar más destacado en *Le Mensuel*, pues de por sí es imposible creer que la revista se haya tomado el riesgo de anticipar sistemáticamente los casamientos antes de que estos se hayan celebrado, y ni hablar de los entierros... Así, en el número de enero de 1891, se señala en un recuadro la muerte

¹⁵ Quisiera agradecer por su ayuda a Philippe Devoghel, director del Museo de la Imprenta en Grignan.

del pintor Ernest Meissonier, acontecida el 31 del mismo mes, aunque, según la conocida fórmula, se aclara que la noticia llegó “cuando se estaba por enviar la publicación a la imprenta”.

La fecha que se menciona en la portada de cada número es una ficción, una fecha falsa. *Le Mensuel* juega con el tiempo.

El espacio, por otra parte, es el terreno privilegiado del director, su dominio exclusivo. Otto Bouwens, que nunca firmará un artículo más que con sus iniciales (o las de *Le Mensuel*), se atribuye siempre en el reparto la sección más jugosa de la revista, la de política local y, sobre todo, extranjera.

Gran consumidor de diarios y revistas, capaz de leer, como mínimo, en alemán e inglés, Otto se revela como un conocedor muy refinado de los arcanos de la vida internacional, que comenta con concisión y agudeza, interesándose tanto por Alemania como por Inglaterra, pero sin dejar de lado el resto de Europa, América del Norte, Asia o África. Otto Bouwens sigue los pasos de Guillermo II y de Bismarck, observa la evolución de Alemania con el ojo experimentado de un diplomático, reconociendo con un gran espíritu de *fair play* que Moltke fue el estratega más grande de su época, y declarando que la supresión del pasaporte entre Alemania y los territorios anexados de Alsacia-Lorena era una medida justa. En esta sección se habla del arresto de Toro Sentado, así como de la preparación de la encíclica de León XIII, *Rerum novarum*, el fin de la guerra civil en